

Gabriel Salazar V., *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)*
(Editorial Sudamericana, Santiago, 2009, 794 pp.)

Leonardo Mazzei de Grazia
Carlos Vivallos Espinoza*

Cuando el 5 de agosto de 2009 fue presentado por Sergio Grez *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)*, en la Sala América de la Biblioteca Nacional de Santiago, hizo hincapié en que una de las principales tesis de la nueva obra de Gabriel Salazar era concebir al artesanado chileno como un *empresariado popular* que desarrolló un proceso de industrialización basado en técnicas muy simples, en el ingenio popular y en el uso de recursos locales, en contraposición a la tecnología importada por los mercaderes, especialmente extranjeros. Esta es una forma de interpretar el proceso de industrialización nacional, alejado de las visiones tradicionales que restringen el término *industria* sólo a algunas actividades a lo largo del siglo XIX, y que ven muy difícil su aplicación en actividades más bien artesanales, con un uso poco intensivo del capital y una tecnología rústica. Más que una discrepancia conceptual, como la presentada por Grez, vemos que una interpretación flexible y el uso de una conceptualización heterodoxa son una marca que se ha vuelto indeleble en el recorrido historiográfico de Gabriel Salazar. Esta característica, entre otras virtudes, ha llevado a que su obra traspase los altos muros de la academia, para transformarse en un conocimiento de largo alcance que ha dado vida a una *nueva historia social*.

Salazar, profesor de la Universidad de Chile, es autor de una obra que impresiona por su volumen y profundidad temática, en la que sobresale de manera casi paradigmática *Labradores, peones y proletarios. Origen y formación de la sociedad popular chilena en el siglo XIX*, publicada en 1985, a pocos años de haber regresado del exilio en Inglaterra. En esta obra puso en el centro de su análisis a los pequeños propietarios de tierras y al peonaje decimonónico que hasta ese momento habían sido sujetos invisibles en la historia de Chile. La vertiente historiográfica, que hoy se conoce como *nueva historia social chilena*, le debe algo más que un nuevo objeto de estudio, sino que, principalmente, hacer resurgir y consolidar el estudio de los sectores populares luego de la desestructuración del gremio historiográfico vinculado a la historia social producto del golpe de Estado de 1973.

Las bases de la historia social chilena fueron colocadas hacia mediados del siglo XX, por autores como Julio César Jobet, Hernán Ramírez Necochea, Marcelo Segall o Luis Vitale, como respuesta a la historia política-institucional supeditada a la oligarquía nacional. Las profundas transformaciones que se habían producido en la sociedad, producto de la introducción del sistema capitalista en el siglo XIX, no eran abordadas por la historia, que

* Departamento de Historia, Universidad Andrés Bello.

seguía concentrada en ver sólo la acción de las elites en la cima del Estado o del mercado, y no a la clase trabajadora, y en especial al proletariado. De las obras más representativas podemos reconocer al *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* (1951), de Julio César Jobet, donde se puso de manifiesto la contradicción entre la organización política alcanzada por nuestro país y las condiciones de extrema pobreza que vivía la mayoría de la población. Chile se balanceaba entre una estructura semifeudal y una semicapitalista. Hernán Ramírez Necochea, por su parte, publicó, entre otras obras, *Historia del movimiento obrero en Chile* (1956), estudiando los orígenes del proletariado hasta las grandes huelgas de 1890, que se propagaron desde el norte minero hasta el centro y sur del país. Luis Moulian, al caracterizar la labor de este grupo de historiadores, señaló que marcaron un quiebre en la historiografía, ya que por primera vez colocaron en el centro del análisis al factor económico, reconociendo además la contradicción en las clases sociales, analizando el papel del imperialismo en el desarrollo histórico del país, pero principalmente dándole sentido al estudio del pasado en cuanto sirve para transformar el presente.

La utilización de la historia para desarrollar un proyecto social es uno de los fundamentos más profundos utilizados por Salazar. Particularmente al intentar colocar el conocimiento historiográfico en manos del pueblo para posibilitar la acción política efectiva. En una de sus obras, *La violencia política popular en las "grandes alamedas": la violencia en Chile 1947-1987: (una perspectiva histórica-popular)*, de 1990, recurre al concepto de *ciencia popular* que surge cuando los grupos dominantes han coaccionado la memoria social de las masas populares, imponiendo la *ciencia oficial*. La labor social de la historiografía sería lograr la construcción común de poder social, de memoria e identidad histórica en pos del fortalecimiento de la conciencia del pueblo como ciudadanos. Este ha sido, creemos, uno de los ejes que ha motivado no sólo la labor historiográfica de Gabriel Salazar, sino que además, de todos los historiadores que se vincularon a la nueva historia social, desde prácticamente su nacimiento. Entre los principales podemos nombrar a Luis Ortega, Leonardo León, Julio Pinto, María Angélica Illanes y Mario Garcés, entre otros, generación que ha dado brillantes frutos.

Bajo estos parámetros reconocemos en esta nueva publicación de Salazar a una obra mayor. Siendo un punto destacable, que guía el análisis del autor, la contraposición entre el social productivismo y el librecambismo. El primero fue sostenido fundamentalmente por los sectores populares, a través de diversas opciones: el microempresariado; el trabajo salarial premoderno, en el que el salario se establecía nominalmente en dinero pero solía pagarse en "fichas"; la emigración; y también hubo opciones al margen de la legalidad patricia: la rebeldía peonal y el bandidaje. De todas ellas, la ideal era la vía empresarial productivista. Reiterando un planteamiento expuesto desde su *Labradores, peones y proletarios*, en que analiza el proceso de campesinización o empresarialidad campesina, el autor expresa que "la formación de este extenso, aunque disperso 'empresariado popular', precedió por casi un siglo la aparición masiva del proletariado industrial, pudiendo, durante ese tiempo, configurar las bases de una *clase media rural o semirural de mentalidad social-productivista y regionalista*". Sin embargo, ninguno de esos tres elementos que conformaban las bases de la economía popular pudo sostenerse en el tiempo, sufriendo la población popular "un

masivo y crítico proceso de *plebeyización*", a pesar de que Santiago, hacia 1845, semejaba "*una densa ciudad popular en vías de industrialización*" (pp. 216, 220 y 243, las cursivas son de Salazar).

¿Por qué se produjo esta frustración del social-productivismo en el caso de la industria manufacturera? Para el autor la razón de fondo radica en que en Chile no se produjo la alianza estratégica entre los gremios artesanales que expandían la producción manufacturera y las grandes casas comerciales extranjeras que controlaban los mercados de larga distancia, alianza que sí se produjo en Europa y que favoreció la transformación del taller artesanal en fábrica moderna. La alianza estratégica se produjo en Chile entre esas grandes casas comerciales foráneas y los comerciantes criollos. Esta connivencia mercantil frenó la posibilidad de un despegue manufacturero y, con ello, el tránsito hacia un desarrollo capitalista. La acción de las casas y mercaderes extranjeros fue fundamental en la frustración manufacturera; así, por ejemplo, la monopolización de la importación de tabaco provocó la ruina de más de cuatrocientas familias de cigarreros en Santiago. Luego se produjo "el ataque mercantil contra las fraguas, las borras y los tendales", problema en que Salazar reproduce los planteamientos expresados en una monografía anterior ("*Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)*", en *Proposiciones*, N° 20, 1991). El patriciado utilizó diversos expedientes para combatir y acabar con estas pequeñas empresas, tales como las órdenes de evacuación de los puestos de venta de los artesanos situados en el centro de la ciudad, la concesión de privilegios a los artesanos extranjeros y las expulsiones masivas de artesanos aduciendo razones de salubridad pública: "Que se alejasen del centro de la población todas las fábricas y tiendas perjudiciales a la misma salubridad, como las de zuelas y las tiendas donde se venden frescas y otras varias; los hornos de teja y ladrillo que solo deben permitirse a sotavento de la población" (p. 308). En definitiva, el patriciado criollo optó por el producto manufacturado extranjero, menospreciando al producto nacional; esta opción se expresó sin tapujo. Así, en un folleto patricio que circuló por 1850 se tachaba a los artesanos como "**la clase fabricante**", la que era "**la menos útil y la más peligrosa a la moral y a la tranquilidad social**". ¿Y cuál era el remedio?: "¿No será mucho mejor que los **comerciantes de Europa** vengan a nuestras plazas para concurrir con ventaja nuestra en la venta de objetos que su continente está llamado a producir y en la compra de los nuestros con que deben retornar?" (p. 303, en negritas en el texto).

El anterior es un ejemplo paradigmático de cómo el patriciado criollo fue captado por el librecambismo importado por las casas comerciales y los mercaderes extranjeros, como Sewell & Patrickson, F. Huth Gruning & Co., Onofre Bunster y Joshua Waddington; librecambismo que fue asumido por los gobiernos autoritarios (O'Higgins, Portales, Bulnes y Manuel Montt). Con la intromisión del comercio extranjero, los comerciantes criollos atraídos por su inserción en los circuitos mundiales del comercio se volcaron hacia la "hermandad librecambista" ya aludida. Esos foráneos "contribuyeron no poco –dice el autor– a que los mercaderes criollos (entre ellos el grupo 'estancuero' de Diego Portales) asumieran como propios, los principios librecambistas que esas casas necesitaban para operar, permanecer y, sobre todo, expandirse". "Al poco tiempo –agrega Salazar–, la participación de los extranjeros en el comercio de cabotaje y en el de menudeo se generalizó: el contrabando y las trasgresiones

a la ley habían logrado instalar, en esos rubros, un librecambismo ‘de hecho’” (pp. 108 y 140), no obstante las disposiciones legales que reservaban a los comerciantes criollos el comercio al menudeo y el de cabotaje.

A mediano plazo hasta los propios trabajadores sucumbirían ante el influjo extranjero, pues “hacia 1910, la mayoría de los trabajadores se vestían a la usanza europea y no a la vieja usanza popular. La clase popular, con ello, perdió en diversos frentes la lealtad hacia sus propios productos. Era la derrota definitiva” (p. 387). Cabe destacar el rescate que hace el autor del pensamiento económico de algunas figuras como es el caso de Pedro Félix Vicuña, que representó en la esfera política el viejo pensamiento pipiolo y, en lo económico, el credo social-productivista, es decir, la defensa del trabajo productivo.

El social-productivismo sólo pudo desarrollarse sin mayores trabas entre 1823 y 1829, concatenándose con la inicial democracia de “los pueblos” que lideró el general Ramón Freire y que Salazar estudia en otra extensa obra (*Construcción del Estado en Chile (1800-1837)*, Editorial Sudamericana, 2005). Después se impondría el librecambismo mercantilista y el autoritarismo político, que implicaron “la ausencia absoluta de una efectiva política interna de desarrollo económico y social...” (p. 590).

En la obra las referencias a otros autores contemporáneos son escasas; apenas llegan a unos 35 autores citados incluyendo al propio Salazar. Puede parecer que el número no es reducido, pero se trata de un trabajo cercano a las 800 páginas. Se echa de menos, por ejemplo en materia de industrias y minería, a Henry Kirsch, Marcello Carmagnani, Alexander Sutulov, Luis Valenzuela, Steven S. Volk, para señalar algunos. Además, las referencias de autores están hechas, por lo general, a través de breves alusiones. Puede esto deberse a que por el sentido innovador y la originalidad de sus planteamientos y propósitos, el autor haya estimado que no era del caso detenerse en una copiosa bibliografía que poco podía aportar. Ese sentido innovador aparece de manera continua en el desarrollo del texto: “Tan acallada muerte ‘del orden portaliano’ amerita un ejercicio de *exhumación* intelectual, para proceder luego al entierro correspondiente, con el epitafio histórico que realmente se merece. Que es el objetivo central de este libro” (p. 591, la cursiva es de Salazar).

Por otra parte, la mirada económica se plantea desde el centro, no considerando o considerando poco, las economías regionales del sur del país, por ejemplo las economías maulina, valdiviana, magallánica y de Concepción. De ellas, las referencias a esta última tienen una mayor presencia, aunque no hay alusiones a procesos interesantes que presentó la economía de esta zona, como fue el caso del resurgimiento económico que experimentó a partir de 1835 con la agroindustria cerealera, en que el puerto de Tomé llegó a ser, sobradamente, el principal exportador de harinas de todo el país.

En conclusión, el nuevo libro de Salazar no lo podemos ver sólo como el estudio de los mercaderes, capitalistas y empresarios, sino que es una obra que ahonda en intersticios mucho más profundos, ya que ofrece una interpretación analítica y global de la historia económica chilena, vinculándola a la historia social y política del país, enfocada principal pero no exclusivamente en el siglo XIX. Problemáticas tales como la ética mercantil; la

intromisión de las casas comerciales extranjeras (sobre todo británicas) en la economía nacional; la imposición del librecambismo; el intercambio desigual; la industria popular; los mecanismos de acumulación patricia; la expoliación a través del crédito; la industrialización promovida por mercaderes y mecánicos extranjeros; sólo para señalar algunos de los problemas analizados. De manera que este aporte de Salazar constituye una historia del capitalismo en Chile y sus efectos en la economía, la sociedad y la política.